

ciones sobre el estado político y social de aquellos pueblos. Si el caso lo requiere, volveremos á ellos con gran copia de datos y razones.

Por ahora nos bastará dejar consignado que, por trámites puramente legales, si no es imposible, preséntase á lo menos como muy difícil un cambio de gobierno en México, de la naturaleza del que estamos considerando y combatiendo. En corroboracion de las razones espuestas, llamamos la atencion de los sostenedores de esta romancesca idea, á las palabras de Mr. Polk, sobre el equilibrio americano, estampadas en su célebre y reciente *Mensaje* al congreso federal de la *Union americana*. Mucho se equivocarian los que solo viesen en esas palabras una simple amenaza dirigida á Francia y á la Inglaterra con motivo de la cuestion del Oregon. Las palabras de Mr. Polk, son la expresion fiel de un principio no solo popular en los Estados-Unidos, sino reconocido y consagrado por su diplomacia en el derecho publico de los nuevos estados de América. Como prueba de ello recordarán nuestros ilustrados cólegas que no ha mucho costó infinito trabajo á Mr. Calhoun hacer diferir en el senado federal actual de los Estados-Unidos una proposicion que tenia por objeto la intervencion de la república en los negocios pendientes del rio de la Plata, en un sentido contrario á la política anglo-francesa en aquel territorio.

Acerca de las disposiciones de los otros estados americanos á oponerse á un cambio de gobierno semejante, no debe echarse en olvido por nuestros ilustrados cólegas, el célebre congreso americano reunido en Panamá á instigaciones de Bolivar: congreso aquel que si no produjo todo el efecto que de él esperaba aquel hombre extraordinario, se debió á causas muy diversas de la de una oposicion decidida por parte de las naciones allí representadas á los principios de política internacional que Bolivar queria hacer prevalecer en sus debates.

Acerca de las disposiciones del mismo pueblo mexicano al cambio propuesto, y á la mayor ó menor escatitud con que se le juzga ádito á él, ténganse presentes el desastroso fin de la expedicion de Barbadás, y la resistencia opuesta á los franceses en Veracruz, para venir en cuenta de que la dominacion estrangera es profundamente antipática allí al pueblo, no solo como idea política, sino como sentimiento nacional.

No queremos considerar el caso de una insurreccion á mano armada para el cambio de gobierno en cuestion, porque no es en manera alguna admirable, y porque nuestros apreciables cólegas, no pueden en su ilustracion y en sus buenos principios suponerlo ni por un instante tan siquiera aceptable.

Ni está México tampoco en el caso de someterse voluntaria ni generalmente á los proyectos de un nuevo Monk, que pudiese en su suelo la república á los pies de la monarquía. En México no hay un hombre de bastante poder é influencia para disponer así de la voluntad y de la suerte de su pais: si lo hubiera, ya México estaria tranquilo, sin necesidad de ocurrir á un cambio peligroso de gobierno. Semejante Monk se habria convertido ya, por efecto de circunstancias necesarias, en un nuevo Cromwell, ó en otro Bonaparte.

Aquí nos detenemos, por ahora, declarando nuevamente que nunca hubiéramos creído deber entrar en la discusion de este asunto, que tenemos por romancesco y ocioso, si la insistencia de la prensa no nos hiciese temer que el gobierno llegue á considerarlo formalmente, dándole una importancia que no tiene, y comprometiéndose en operaciones peligrosas. Estas operaciones tendrian el fatal inconveniente de inspirar recelos á los estados hispano-americanos, haciéndonos perder las simpatías que el tiempo, al hacer olvidar las antiguas disenciones, nos hace recuperar en ellos cada dia: tendrian el de llamar sobre nuestros compatriotas allí estableci-